

Conozca al Maestro

La cruz usada como púlpito (Mt. 27.46; Lc. 23.34-46; Jn. 19.25-30)

El más grande discurso de despedida de la historia del mundo fue pronunciado desde el púlpito de la cruz, en la capilla del Gólgota, el viernes anterior a la Pascua, unos treinta y tres años después del nacimiento de Cristo.¹

Aunque las Sagradas Escrituras cubren miles de años de la historia, así como las palabras vivientes de cientos de hombres y mujeres, sólo las palabras moribundas de unos pocos se dan en su totalidad. Uno de ellos fue Israel; otro fue Moisés; un tercero fue Esteban.² Israel fue el primero de la nación escogida; Moisés, el primero de la dispensación legal; y Esteban, el primero en morir por el cristianismo. Sin embargo no hubo oídos que captaran los susurros de hombres moribundos tal como lo hicieron los de los escritores de los evangelios, cuando éstos tomaron del aire del Calvario “las siete cuerdas de la sinfonía de la redención”.

Durante su ministerio personal, Jesús tuvo una variedad de púlpitos —la cima de una montaña, el tope de un techo, una embarcación, un pozo —pero nunca antes, un púlpito como la cruz. Jamás hubo predicador como el Señor moribundo, jamás una congregación como aquella que se reunió en el Lugar de la Calavera, y jamás un sermón como aquellas siete palabras de Jesús.

PALABRAS DE PERDÓN: “PERDÓNALOS” (LUCAS 23.34)

Cuando la procesión de la crucifixión llegó al

Calvario, Jesús fue despojado de sus vestiduras. Tan sólo cinco días antes, los que vivían en Jerusalén se habían despojado de sus vestiduras para ponerlas en la ruta por la que habría de transitar Jesús; ahora los hombres le despojaban a él de sus vestiduras. Jesús extendió sus manos a los que le ejecutarían —manos que a ningún hombre le habían hecho daño, manos desde las cuales fluyen las bendiciones a todo el mundo. El sonido de los martillazos hizo eco en las paredes de la ciudad abajo. La cruz fue levantada lentamente y luego, con un golpe sordo que parecía sacudir al cielo mismo, se hundió en el hoyo preparado para ella. Jesús tenía armado su último púlpito.

Las primeras palabras de Jesús en la cruz, fueron palabras de perdón: “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen” (Lucas 23.34). La primera palabra de Jesús fue una oración, tal como lo fueron la cuarta y la séptima. El comienzo, la mitad y el final de la agonía de Jesús estuvieron inmersos en santa comunión con Dios.

Era rara la vez que los hombres oraban en la cruz. La crucifixión fue un invento de mentes depravadas, determinadas a hacer la muerte, tan dolorosa como fuera posible. Las autoridades en la materia han hecho notar que lo común era que las víctimas de tan temido final, enloquecidas de dolor, gritaran, suplicaran, maldijeran y escupieran a los espectadores. Jesús, sin embargo, oró.

El primer pensamiento de Jesús no fue debido a su propio dolor, sino por el daño que sus

¹ La idea para este sermón ha sido usada por muchos predicadores. Este sermón en particular, fue preparado hace varios años, usando muchas diferentes fuentes. ² Puede que David sea un cuarto moribundo cuyas últimas palabras también se hayan registrado (véase 2 Samuel 23.1).

atormentadores se infligían a sí mismos. Como el árbol que baña con su perfume el hacha que le corta, así también Jesús, en efecto, dijo: “Padre, aunque de tu misericordia deba ser privado yo, ¡que no lo sean éstos!”.

Durante su ministerio personal, Jesús enseñó, a menudo, sobre el tema del perdón:

Y perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores... Porque si perdonáis a los hombres sus ofensas, os perdonará también a vosotros vuestro Padre celestial; mas si no perdonáis a los hombres sus ofensas, tampoco vuestro Padre os perdonará vuestras ofensas (Mateo 6.12, 14–15).

Entonces se le acercó Pedro y le dijo: Señor, ¿cuántas veces perdonaré a mi hermano que peque contra mí? ¿Hasta siete? Jesús le dijo: No te digo hasta siete, sino aun hasta setenta veces siete [en otras palabras, indefinidamente]... Así también mi Padre celestial hará con vosotros si no perdonáis de todo corazón cada uno a su hermano sus ofensas (Mateo 18.21–22, 35).

No obstante, la más grande enseñanza de Jesús sobre el perdón, se dio en la cruz, cuando él *demonstró* lo que enseñaba.

En el griego, el verbo de Lucas 23.34 se encuentra en la forma imperfecta, lo cual indica “una acción continua en tiempo pasado”. El texto dice: “Y Jesús *decía*...”. El pasaje se podría traducir para que se leyera: “Y Jesús continuaba diciendo...”. En otras palabras, Jesús pudo haber dicho estas palabras varias veces.

Estas son las posibles escenas: Al llegar al lugar de la calavera, Jesús miró a su alrededor y oró: “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen”. Cuando el centurión lo derribó hasta caer al suelo, Jesús oró: “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen”. Cuando los despuntados clavos penetraron rompiendo las temblorosas palmas de sus manos, Jesús oró: “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen”. Cuando levantaron la cruz para ponerla en posición vertical, Jesús oró: “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen”. Cuando la muchedumbre le maldijo y le denigró, Jesús oró: “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen”. Cuando los soldados echaron suertes sobre su túnica sin costura, Jesús oró: “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen”.

Aunque no conocemos los detalles, lo que sí sabemos es que Jesús *perseveró* en la oración: “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen”.

Necesitamos hacer notar que el perdón del Padre no fue conferido sino hasta el día de

Pentecostés, y que en tal fecha, el mismo fue sólo para los que se arrepintieron y se bautizaron (cf. Hechos 2.38). Por el momento, lo que estamos recalando es que no había animosidad en el corazón de Jesús cuando moría. ¡Usted y yo necesitamos aprender a ser como Jesús; debemos aprender a amar a nuestros enemigos y a orar por los que nos persiguen (Mateo 5.44)!

PALABRAS DE ESPERANZA: “CONMIGO” (LUCAS 23.39–43)

Las víctimas habían estado en la cruz durante un tiempo que debió haber parecido una eternidad. La chusma burlona, alrededor de la cruz, enloqueció. Gritaron: “A otros salvó, a sí mismo no se puede salvar. ¡El Cristo, Rey de Israel, descienda ahora de la cruz, para que veamos y creamos!” (Marcos 15.31b–32a). Marcos escribió que: “También los que estaban crucificados con él le injuriaban” (Marcos 15.32b).

Gradualmente, uno de los malhechores comenzó a ver al que estaba en la cruz del centro, con una luz diferente. Algo había en Jesús que le tocó el corazón al malhechor. Tal vez era la manera tan digna como Jesús enfrentaba la muerte. Tal vez era la manera como él decía una y otra vez: “Padre, perdónalos”. Cualesquiera que hayan sido las razones, la fe creció y se convirtió en certeza dentro del corazón del malhechor. Así que, leemos:

Y uno de los malhechores que estaban colgados le injuriaba, diciendo: Si tú eres el Cristo, sálvate a ti mismo y a nosotros. Respondiendo el otro, le reprendió, diciendo: ¿Ni aun temes tú a Dios, estando en la misma condición? Nosotros, a la verdad, justamente padecemos, porque recibimos lo que merecieron nuestros hechos; mas éste ningún mal hizo. Y dijo a Jesús: Acuérdate de mí cuando vengas en tu reino. Entonces Jesús le dijo: De cierto te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso (Lucas 23.39–43).

Aun estando Jesús en la cruz, Satanás no aminoró su ataque sobre aquél. Estando en el desierto, el diablo le había dicho a Jesús que él podía ser el dueño de los reinos del mundo sin necesidad de ir a la cruz³ (Mateo 4.8–9). Cerca del final del ministerio personal de Jesús, Satanás hizo que Pedro le instara a olvidarse de la cruz (Mateo 16.21–23). Ahora, que Jesús moría, Satanás le habló por medio de un malhechor y le desafió a escapar de la muerte, a bajarse de la cruz.

A través de toda su vida, Jesús tuvo dos alternativas entre las cuales elegir: la alternativa

³ Esto es algo que estaba implícito en las palabras que Satanás le dijo a Jesús.

de la autopreservación y la del autosacrificio. Esta elección se le presentaba nuevamente en la cruz.

El malhechor incrédulo le presentó la alternativa de la autopreservación: “¡Si tú eres el Cristo, sálvate a ti mismo y a nosotros!” (Lucas 23.39). El enfoque que usó este malhechor fue el mismo que usó Satanás en el desierto: “Si tú eres Hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en pan” (Mateo 4.3). En otras palabras, le estaba diciendo: “No tiene ningún sentido ser el Cristo si ello no conlleva beneficios especiales. ¡Disfruta de los beneficios, y al mismo tiempo nos pruebas quién eres verdaderamente!”. A.T. Robertson dijo que la petición del malhechor era “el equivalente a un esfuerzo por escapar de la prisión” —y el malhechor estaba sugiriendo que Jesús dirigiera el escape!

El malhechor que había llegado a creer le presentó la alternativa del autosacrificio: “¡Acuérdate de mí cuando vengas en tu reino!” (Lucas 23.42). En otras palabras, estaba alentando a Jesús a “Quedarse en la cruz y a ganar su reino”. ¡Qué gran fe la de este hombre! Cuando miraba a Jesús, no era a un criminal siendo ejecutado al que miraba; sino, ¡a un rey! En lugar de una corona de espinas, vio una diadema imperial. En lugar de clavos en las manos de Jesús, vio un cetro. En lugar de sangre roja secándosele sobre su torturada carne, vio púrpura real.

Nuevamente, el tiempo imperfecto se usa en estos versículos. Los dos malhechores bombardearon los oídos de Jesús con las alternativas de la autopreservación y del autosacrificio —dejar la cruz, o quedarse en ella.

La respuesta de Jesús fue un mensaje de *esperanza*, cuando le respondió al malhechor creyente: “De cierto te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso” (v. 43).

Tal vez deberíamos hacer notar que éste *no* es un mensaje de esperanza respecto a la idea de “ser salvo como lo fue el malhechor” (específicamente, sin bautizarse).⁴ El malhechor fue salvo⁵ antes de

que Jesús *muriera*; así que, él es un ejemplo de uno que fue salvo bajo el antiguo pacto, no bajo el nuevo (Colosenses 2.14; Hebreos 9.16–17).⁶ Bajo el nuevo pacto se nos dice que debemos creer y ser bautizados (Marcos 16.16).

Además, éste no es un mensaje de esperanza respecto a una posible “salvación en el último minuto”. Que sepamos, esta fue la primera oportunidad del malhechor de conocer acerca de Jesús. No es el típico hombre que rechaza el evangelio una y otra vez con la esperanza de una suspensión de la ejecución en el último minuto. Ya alguien dijo que muchos que esperan ser salvos a “la onzava hora”⁷ ¡se mueren a las 10:30!

¿Entonces, de qué manera constituyen las palabras de Jesús, un mensaje de esperanza? En primer lugar, constituyen un mensaje de esperanza, porque él rechazó la sugerencia del primer malhechor y aceptó la sugerencia del segundo. La frase “de cierto” se traduce de la palabra del griego, de la cual se traduce “amén”. Lo que, en efecto, Jesús dijo, fue: “¡Amén! ¡Que así sea! Moriré para que toda la humanidad pueda tener la esperanza de ir al Paraíso. ¡Cumpliré el plan divino!”. El cielo entero debió haber exhalado un suspiro de alivio.

En segundo lugar, las palabras de Jesús constituyen un mensaje de esperanza, porque muestran que cualquiera puede ser salvo, sin importar cuán perdida su vida pueda parecer. Ya alguien sugirió, que el malhechor “pidió una vez, buscó una vez, y tocó una vez, y fue salvo el último día de su vida”. Si el malhechor pudo ser salvo, usted también puede serlo, no importa lo que usted haya hecho. Sin duda que su vida no es peor que la de este criminal que admitió merecer ser crucificado (Lucas 23.41).⁸

También, la esperanza existe para los seres queridos que no se han vuelto al Señor. No desista en predicarles. Si hubo esperanza para el malhechor, ¡también la hay para ellos! ¡Con Cristo, ningún caso es imposible!

⁴ Los que creen que el bautismo no es esencial para la salvación, a menudo usan el malhechor en la cruz para “probar” su creencia. ⁵ Hay quienes dudan de que el malhechor fuera salvo, pero la palabra “Paraíso” significa básicamente: “jardín de placer”. Esto parece ser equivalente al “seno de Abraham” (Lucas 16.23), la parte del Hades en la que los justos esperan el juicio. Pedro puso bien claro que Jesús fue al Hades (el lugar invisible de los muertos) cuando murió (Hechos 2.27, 31). No hay duda de que Jesús estuvo donde Abraham y Lázaro estaban. La promesa de Jesús, hecha al malhechor, era que en “ese día” el malhechor estaría con él allí. ⁶ Los que sugieren que podemos “ser salvos tal como el malhechor lo fue”, es aparente que sólo les interesa eliminar el bautismo como condición de la salvación. No parecen tomar en cuenta que la conversión del malhechor fue una de las más difíciles de toda la Biblia: Vino a la fe cuando la mayoría de los demás abandonaban su fe. Superó las ideas preconcebidas de los judíos acerca del Mesías cuando todos los demás estaban abrumados con las mismas. Habló por Jesús, cuando todas las demás voces lo condenaban. Además, hizo todo esto a pesar del increíble dolor que abrumaba su cuerpo y mente. ¡Dudo que haya alguien que realmente quiera “ser salvo, tal como el malhechor lo fue”! ⁷ Mateo 20.1–16. ⁸ Dado que la cruz del centro le pertenecía, con justicia, a Barrabás, es probable que los dos malhechores fueran seguidores suyos, tal vez sus lugartenientes. Así como Barrabás, es probable que también fueran culpables de asesinato e insurrección (Juan 18.40; Lucas 23.19).

PALABRAS DE SOLEDAD: “HE AHÍ TU HIJO” (JUAN 19.25–27)

Cuando imaginamos la escena del Calvario, damos gracias al ver que no todos los presentes injuriaban a Jesús. Un puñado de los presentes se preocupaban. Juan hizo notar que “estaban junto a la cruz de Jesús, su madre y la hermana de su madre, María mujer de Cleofas, y María Magdalena” (Juan 19.25). El versículo 26 dice que el apóstol Juan también estaba allí. Las siguientes palabras que Jesús dijo, fueron dirigidas a su madre y a Juan.

Cuando vio Jesús a su madre, y al discípulo a quien él amaba, que estaba presente, dijo a su madre: Mujer, he ahí tu hijo. Después dijo al discípulo: He ahí tu madre. Y desde aquella hora el discípulo la recibió en su casa (Juan 19.26–27).

Son muchas las lecciones que se pueden aprender de este incidente. En primer lugar, Jesús cuidó de su madre. Esto es lo que Pablo enseñaba: “Si alguno no provee para los suyos, y mayormente para los de su casa, ha negado la fe, y es peor que un incrédulo” (1 Timoteo 5.8). Como los hermanos de Jesús eran incrédulos,⁹ él no quiso confiarles el cuidado de su madre a ellos, así que, le pidió a Juan que él viera por el bienestar de ella.¹⁰

Reiterando lo dicho, al tiempo que Jesús amaba a su madre, él no la veneraba. No la llamó “Reina de los cielos”, ni “Madre de Dios”. Más bien la llamó: “Mujer”. Este no era un término ofensivo¹¹ —en el idioma griego, era un término de afecto— pero distaba bastante de los títulos divinos que algunos le han conferido a María. Así que, las mismas palabras de Jesús enseñan en contra de la mariolatría.

Adentrémonos más profundamente en la significativa importancia de las palabras de Jesús. La figura central del Calvario no fue María, ni Juan, sino Jesús. Échele una mirada nuevamente a la escena, desde el punto de vista de Jesús. Él estaba preocupado por su madre, no por sí mismo. Esto es lo que Simeón le había dicho a María: “Y una espada traspasará tu misma alma” (Lucas 2.35). Jamás se hundió tanto la espada en el alma de María, que cuando miró a su Hijo en la cruz. Jesús quería que María fuera llevada fuera de la escena

para evitarle la angustia. Hay quienes creen que la frase que dice: “desde aquella hora¹² el discípulo la recibió en su casa” indica que María se desmayó y que Juan, apresuradamente, la llevó cargada hasta la casa de él.

Las palabras de Jesús le ayudaron a María,¹³ pero ¿cómo lo dejaron a él? Lo dejaron sin el consuelo que significa el amor de una madre. Las palabras de Jesús son palabras de *soledad*. Fue privado de la presencia de su madre así como pronto lo sería, de la de su Padre celestial. ¡Jesús habría de estar sólo en su lucha para derrotar el poder del pecado!

Puede que yo no entienda a plenitud qué se siente estar privado de la presencia de Dios, pero sí puedo entender qué se siente estar privado de la presencia del amor humano. Yo sé qué se siente estar solo —y usted también lo sabe. Así que, sabemos que Jesús entiende cuando estamos solos, y que ¡él puede ayudarnos a ser vencedores, de la misma forma que él lo fue!

PALABRAS DE SUFRIMIENTO: “¿POR QUÉ ME HAS DESAMPARADO?” (MATEO 27.46).

La escena estaba preparada. Una oscuridad sobrenatural se había cernido sobre el Gólgota, la cual ocultaba de ojos humanos la silueta de Jesús. El escarnio que salía de los labios de la muchedumbre había cesado. El temor y el espanto se habían apoderado de todos los corazones. El profundo silencio sólo era interrumpido por el jadeo y los gemidos de los que colgaban de las cruces. De repente, unas palabras vibraron de entre las negras tinieblas, rompiendo el silencio. “Cerca de la hora novena, Jesús clamó a gran voz, diciendo: Elí, Elí, ¿lama sabactani?” (Mateo 27.46a). Éstas eran palabras propias de la niñez de Jesús, palabras del Salmo 22.¹⁴ Mateo explicó que estas palabras significan: “Dios mío, Dios mío, ¿Por qué me has desamparado?” (v. 46b).

La palabra “desamparado” es una de las más tristes que pueda haber en cualquier idioma. En el griego, es una palabra compuesta por tres palabras: “salir”, que significa “abandonar”; “abajo”, que sugiere derrota sentimiento de impotencia; y “en” que se refiere a un lugar o circunstancia.

Jesús no fue simplemente desamparado; fue

⁹ Juan 7.5. Aunque los hermanos de Jesús eran incrédulos en el momento de su muerte, hubo algunos que se convirtieron en cristianos después de la resurrección de Jesús (Hechos 1.14). ¹⁰ Esto indicaría que el padre legal de Jesús, José, estaba muerto. Dado que a José jamás se le menciona durante el ministerio personal de Jesús, es probable que éste muriera antes de que Jesús cumpliera los treinta años. ¹¹ La palabra “mujer” se puede considerar peyorativa en algunas sociedades hoy día. ¹² Esta frase, a menudo, significa: “inmediatamente”. En la versión Berkeley se lee: “desde aquel momento”. ¹³ Hubiera sido muy duro para María quedarse junto a la cruz. También, hubiera sido duro el que se la llevaran de allí. Al final, sin embargo, María fue beneficiada. Fue llevada, de tener una unión natural con Jesús, a una unión espiritual con Cristo. Halló que era mejor tener a Jesús como Salvador que como hijo. ¹⁴ Versículo 1.

desamparado *por Dios*. Estas palabras van más allá de toda comprensión humana y nos adentran a los misterios de la redención. Isaías 59.1–2 enseña que el pecado nos separa de Dios. Leemos en 2 Corintios 5.21 que Jesús “por nosotros [fue hecho] pecado”. Cuando Jesús “[fue hecho] pecado” por nosotros,¹⁵ él tomó sobre sí el castigo por nuestros pecados. ¡El más grande castigo por el pecado es ser desamparado por Dios (2 Tesalonicenses 1.9)!

¿Cuán lejos estuvo Jesús dispuesto a ir para salvarnos? En Mateo 27.46 se traza la distancia. Jesús dejó la magnificencia del cielo, pero fue más lejos que eso. Vino a esta tierra como un ser humano y como un siervo, pero fue todavía más lejos que eso. Sufrió la vergüenza y el rechazo, pero fue todavía más lejos que ello. Fue a la cruz, pero el viaje no terminó allí. Para salvarnos, estuvo dispuesto a ir ¡al lugar en el cual se sufre el desamparo de Dios!

Jamás podré entenderlo. ¿Cómo pudo Jesús hacer esto por nosotros? ¿Cómo pudo amarme a mí —y a usted— tanto? Además, ¿cómo pudo Jesús sufrir el castigo eterno por la culpa de todos los pecadores en aquel condensado período de la cruz? ¿Cómo pudo cargar con tan infinita carga en tan finito tiempo? No comprendo nada de lo anterior, pero lo acepto por fe. ¡Le doy “gracias a Dios por su don inefable” (2 Corintios 9.15)!

PALABRAS DE AGOTAMIENTO: “TENGO SED” (JUAN 19.28)

La oscuridad se cernió sobre la tierra durante tres horas. Debió haberles parecido, a los que estaban alrededor de la cruz, que jamás brillaría el sol nuevamente. Por fin, la prueba había pasado. El sol atravesó la oscuridad rompiéndola. El príncipe de las tinieblas había hecho un desesperado esfuerzo por borrar del mapa al Hijo de Justicia, pero había fracasado. Ahora, por vez primera, Jesús usaba el pronombre personal. “Después de esto, sabiendo Jesús que ya todo estaba consumado, dijo, para que la Escritura se cumpliera: Tengo sed” (Juan 19.28).

¡Cuánto refrenamiento hay en estas palabras! De ser yo, ¡hubiera hablado prolongadamente acerca del agonizante dolor y del increíble pesar! Una palabra que Jesús dijo en griego, fue traducida con dos palabras en español: “Tengo sed”. No era una queja, ni siquiera una petición, era una simple declaración de un hecho.

Una lección obvia, que se puede sacar de estas

palabras, es que Jesús estaba compuesto por carne y sangre. Llegó a tener hambre y sed así como nosotros.¹⁶ Así que, él puede compadecerse de nosotros.

Porque no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades,... Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro (Hebreos 4.15–16).

El momento en que se dijeron estas palabras, sin embargo, sugiere una lección más significativa. Jesús las dijo *después* de “que ya todo estaba consumado” (Juan 19.28). En efecto, ello sucedió después de que ya había sido drenado hasta la resequedad, en los fuegos del infierno.¹⁷ Fue después de la batalla de Jesús con el pecado que él, por fin, pensó en sí mismo y cuando lo hizo ello fue en los términos más modestos. Sus palabras fueron las de un vencedor exhausto, las de un corredor de maratón que rompe la cinta de la meta y simplemente dice: “Tengo sed”.

PALABRAS DE VICTORIA: “CONSUMADO ES” (JUAN 19.30)

El escenario estaba preparado para las palabras de victoria. Si alguna duda tiene alguien acerca del resultado de la batalla de Jesús en la cruz, que considere lo que se lee en Juan 19.30: “Cuando Jesús hubo tomado el vinagre, dijo: Consumado es”.

Las dos palabras de la frase “Consumado es” constituyen una sola en el texto original: *tetelestai*. El significado completo de esta palabra del griego es: “Está acabado, como resultado, ¡está hecho para siempre!”. *Tetelestai* era una palabra que usaba el finquero. Cuando un animal nacía dentro de sus rebaños y éste lucía tan perfectamente formado al punto que parecía sin defecto, indefectiblemente, el finquero clamaba: “¡*Tetelestai!* ¡*Tetelestai!*!”. Era una palabra que usaba el artista. Después de que el pintor o escultor le hacía los retoques finales al paisaje o al busto de mármol, él se retiraría a cierta distancia desde la cual admirar su obra. Si no hallaba nada que lo obligara a hacer correcciones o mejoras, murmuraría lleno de satisfacción: “¡*Tetelestai!* ¡*Tetelestai!*!”. Esta fue la palabra que usó Jesús: “*Tetelestai*”. Lo que había hecho era consumado y perfecto. Al pie de la cruz los hombres decían: “La vida de Jesús fue un fracaso”, pero Jesús decía: “¡Es un éxito!”.

¹⁵ Terminología de la versión KJ. ¹⁶ Véase también Mateo 4.2; Juan 4. ¹⁷ No sería irreverente decir que, en la cruz, Jesús sufrió el castigo del infierno por nosotros (2 Tesalonicenses 1.7–9).

Cuando Jesús dijo: “Consumado es”, no se estaba refiriendo simplemente al hecho de que su vida llegara a su fin. Lo que estaba diciendo era que lo que él se había propuesto a hacer, ya estaba cumplido. Una de las cosas que él había venido a hacer, era a cumplir el Antiguo Pacto (Mateo 5.17). Eso era algo que había cumplido; el Antiguo Testamento podía ahora ser apartado, para que el Nuevo Pacto pudiera regir (Hebreos 9.15–16; 10.9). El Antiguo Testamento había acabado (Colosenses 2.14); los Diez Mandamientos como ley, habían acabado (2 Corintios 3.1–11); el sétimo día, el día de reposo, había acabado (Colosenses 2.16).

¡Lo más importante de todo, era que la obra de salvación había sido acabada! La tarea de Isaías 53.6 era consumada: “Todos nosotros nos descarriamos como ovejas, cada cual se apartó por su camino; mas Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros”. La tarea de 1 Timoteo 2.6 era consumada: Él “se dio a sí mismo en rescate por todos,”. La tarea de Apocalipsis 5.9 era consumada: “Y cantaban un nuevo cántico, diciendo: Digno eres...; porque tú fuiste inmolado, y con tu sangre nos has redimido para Dios, de todo linaje y lengua y pueblo y nación”.

Una advertencia debe hacerse. La parte que le correspondía hacer a Jesús era la que estaba consumada; faltaba la parte que le correspondía al hombre. Cuando George Frederick Handel terminó su obra, “El Mesías”, esto fue lo que dijo: “Consumado es”. No obstante, era sólo la partitura lo que estaba consumado. La belleza de aquella creación musical se hubiera perdido para siempre si no hubiera habido alguien que tomara la partitura y cantara las armonías. La parte que le corresponde a Jesús puede ser la que esté consumada, pero todavía se nos dice: “Ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor” (Filipenses 2.12).

PALABRAS DE ENCOMENDAMIENTO:

“EN TUS MANOS” (LUCAS 23.46)

La tragedia había terminado; sólo faltaban algunas palabras de pronunciarse. Jesús estaba preparado para dejar esta vida. “Entonces Jesús, clamando a gran voz, dijo: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu. Y habiendo dicho esto,

expiró” (Lucas 23.46). Posteriormente, Pilato se sorprendería de que Jesús muriera tan rápidamente (Marcos 15.44).¹⁸ Anteriormente, Jesús había dicho: “Yo pongo mi vida, para volverla a tomar. Nadie me la quita, sino que yo de mí mismo la pongo” (Juan 10.17–18). No fue la muerte la que vino a Jesús; fue él el que salió a encontrarse con ella.

Lo normal es que una persona levante su cabeza justo antes de morir, en un último esfuerzo natural por llenarse los pulmones de oxígeno —luego la cabeza cae. No obstante, Jesús “*habiendo inclinado la cabeza, entregó el espíritu*” (Juan 19.30b; énfasis nuestro) —una clara insinuación de que Jesús, a propósito, ofreció su vida. Esto fue lo que Agustín dijo: “Él renunció a su vida *porque* así lo determinó él, *cuando* así lo determinó él, y de *la forma* que lo determinó él”.

Cuando Jesús concluía su obra de redención, esto fue lo que dijo: “Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu” (Lucas 23.46). Jesús le pudo encomendar su espíritu a Dios en la muerte porque había pasado toda una vida encomendado a Dios. Así también, usted y yo debemos estar encomendados en vida ¡si es que queremos estar encomendados en el momento de la muerte!

CONCLUSIÓN

¡Qué grandes lecciones enseñó Jesús en la cruz: Lecciones de perdón, esperanza, soledad, sufrimiento, agotamiento, victoria y encomendamiento! Para que estas lecciones nos beneficien, debemos desarrollar una relación vital con el que las enseñó. Esto fue lo que Pablo hizo notar en Gálatas 3.26–27: “Pues todos sois hijos de Dios por la *fe en Cristo Jesús*; porque todos los que habéis sido *bautizados en Cristo*, de Cristo estáis revestidos” (énfasis nuestro). En la versión KJ se lee: “Lleva a Cristo puesto”.

Después de que nos hayamos puesto a Cristo, por la fe y el bautismo, debemos estar determinados a *seguirlo* —hasta la muerte si es necesario. Jesús dijo: “Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día, y sígame” (Lucas 9.23). ¿Apreciaremos lo que Jesús hizo por nosotros? Si lo hiciéramos, estaríamos prestos a seguirlo ¡a cualquiera y a todo lugar! ■

¹⁸ Dado que la crucifixión no comprometía ningún órgano vital directamente, era común que las víctimas se tardaran días en morir. Fue con el fin de apurar la muerte de los dos malhechores, que los soldados rompieron sus piernas (Juan 19.31ff.), lo cual les impidió levantarse para respirar profundamente, induciendo así la sofocación.